BALCON



LA SUPERSTICION DE LA LETRA

Tan arraigado está en nuestros hábitos políticos el prejuicio racionalista —un prejuicio que se da por satisfecho con el cumplimiento de la letra constitucional, en la creencia de que el espíritu sobrevendrá por añadidura— que ha bastado el cambio de gobierno realizado de conformidad a normas y fórmulas democráticas, para que una sensación de alivio o, si se quiere, de esperanzada confianza haya venido a desalojar los sobresaltos y angustias que a lo largo de sus tres largos años motivara la revolución de los militares. Y lo que hace aún más significativo tal estado de ánimo es que el nuevo presidente democrático no es, por cierto, el redondo y cordial Dr. Tamborini, sino el inspirador y destinatario exclusivo de la revolución de junio. Claro está que esta última circunstancia es demasiado violenta para que en muchos sectores sociales un sentimiento de inquietud no continúe. Pero, precisamente, de lo que se trata es de calar más hondo y de señalar, por debajo de apariencias contradictorias, la vetusta beatería democrática que aún sobrevive perezosamente en personas, ideas y cosas de nuestro medio. Beatería ésta democrática, que a fuer de anacrónica y de incongruente con la realidad de los hechos actuales, pone en serio peligro, por un lado, toda futura y eficaz oposición al gobierno y, por otro, contribuye a que este mismo gobierno, llevado de cómoda rutina y presionado por intrigas políticas de menor cuantía, continúe escudándose y justificándose tras la fachada de unas instituciones y formas políticas sin arraigo ya en nada ni en nadie. En nadie, obsérvese bien, pero menos que en persona o grupo alguno, en el pueblo nacional considerado en su sentido más amplio.

A la crisis aparentemente política que tiene su manifestación más aguda en la revolución de junio, nada hasta hoy se ha aportado que implique un comienzo siquiera de solución. Si se descarta —por heterogénea respecto de lo que ahora señalamos— la labor crítica eficaz pero desordenada, y demasiado teñida de prejuicios ideológicos, del grupo intelectual que en los últimos quince años puso frente a la atención distraída de los argentinos, la preocupación por los problemas nacionales y por nuestros orígenes históricos, ninguna medida política nueva —ninguna institución que represente la nueva realidad argentina— ha sido ensayada con seriedad y prudencia. Todo, absolutamente todo, está en veremos. Y conste que no se nos escapa que ya hay que poner en el activo del país, el hecho —más que otra cosa, azaroso— de que el pueblo nacional se sienta hoy representado por su primer mandatario. Es que mientras no se advierta; mientras los argentinos no tengamos el coraje —que para esta clase de lucidez el coraje es vía de conocimiento— de advertir que la crisis que desde 1930 aqueja a nuestro país es más social que política, esto es, una crisis en la que están en juego nuevas energías sociales en busca de nuevas instituciones políticas que las ordenen, y de nuevas minorías que las manden, todo el desbarajuste y el desasosiego reformador de estos últimos años habrá sido, sobre inútil, irreparable.

Mas, no lo ocultamos, para el logro de tal objeto se requiere, por lo menos, genialidad política; vale decir, esa suerte de inteligencia de la realidad presente y concreta de un pueblo, en cuya sutil y complejísima labor no deben interferir ni los buenos o malos sentimientos humanitarios, ni la fe supersticiosa en reformas abstractas llevadas a cabo sólo desde el Estado.

BALCÓN.

HOMENAJE A ESPAÑA

Bajo el patrocinio de BALCÓN *se realizó el jueves 6 del cte. en el Teatro Cómico, un acto en homenaje a España, con motivo de la partida de la delegación argentina al Congreso mundial de Pax Romana que se celebrará en Madrid el próximo mes de julio.*

Después del discurso de apertura en que el doctor Héctor Llambías señaló el significado del acto, la señora Lola Membrives recitó el poema de Ignacio V. Anzoátegui, titulado "Presencia y Distancia de España". Reproducimos en estas mismas páginas dicho poema, cuya excepcional calidad podrá apreciar el lector. A continuación, después de unas palabras pronunciadas por el Sr. Horacio Mackinlay para agradecer el acto en nombre de la delegación que partía, el doctor Marcelo Sánchez Sorondo leyó un meduloso ensayo titulado "Mensaje para españoles" que fué escuchado con atención y significativamente subrayado con aplausos por la selecta concurrencia que colmaba la sala. La parte final de dicho ensayo va transcripta en la presente entrega.

A continuación reproducimos algunos párrafos del discurso del doctor Héctor Llambías.

(N. de la D.)

Ante todo agradezco profundamente la asistencia a esta reunión del señor Subsecretario de Educación de España, quien podrá comprobar una vez más, en estos momentos de exaltado júbilo popular, los ardientes sentimientos de amor a España que animan al pueblo argentino, el cual no ha podido menos de percibir con su ya proverbial intuición los especiales momentos por que transcurre la vida española de hoy, si tal vez rodeada y acosada por incomprensiones extrañas, siempre dispuesta con sereno valor no sólo a mantener incólume su soberana independencia pero también resuelta a ofrecer al mundo entero y a la causa de la verdadera paz los beneficios de su serenidad heroica.

El pueblo argentino tiene motivos especialísimos para comprender en la razón del corazón el celo con que España acepta el riesgo de su señera soledad. El también ha sabido esperar con sereno firmeza que la causa del Derecho y del verdadero bien de la comunidad internacional prevalezca sobre todas las acechanzas y conquiste la adhesión de todos los espíritus honestos de la tierra.

Luego dijo:

En efecto, señores, este acto cultural de homenaje a España y despedida a la delegación argentina que viaja a Salamanca, no es una mera celebración de circunstancias, ni un hecho aislado, fruto exclusivo de improvisada cortesía.

Por el contrario, más bien se inserta en una serie de actos, festejos, publicaciones, revistas, iniciativas, fundaciones, en que los hombres de nuestra generación exteriorizaron con firme constancia, un conjunto orgánico de pensamientos, devociones, formas de expansión, actitudes y decisiones prácticas, que configuran el dominio de una doctrina y el planteo ideal de una acción cuyas raíces históricas se confunden y entrelazan con las raíces mismas de la nación argentina.

Son efectivamente los hombres de nuestra generación, quienes siguiendo, es claro, las luminosas huellas de algunos geniales y mal comprendidos precursores, y escuchando las voces más altas y perdurables de todos los tiempos, sin que faltara el lírico vaticinio del mayor poeta de América, renovador de las letras hispánicas en el siglo presente, cuya "protesta quedara escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes"; los hombres de nuestra generación, digo, fueron quienes afirmaron resueltamente la primacía del bien común nacional sobre los bienes particulares de los individuos y de las clases, contra la exaltación falaz de una libertad sin orden, contra la destrucción egoísta de la social estructura y contra esa idolatría de la materia, que se decora con el nombre santo de la justicia.

Y al afirmar la primacía del Bien Común y al descubrir a fondo la índole social e histórica del hombre, ordenado a perseguir a través del tiempo y en el seno de lo social el cumplimiento de un eterno destino, no pudieron menos de volver los ojos al misterioso pasado de la patria, para encontrar en sus sagrados y providenciales orígenes, la esencia dinámica de su perenne realidad.

Así pudo ser que, cuando España en 1936 fuera sometida a la prueba más terrible de su historia, toda ella perpetua gesta de renovados sacrificios, y hallara, sostenida y guiada por Dios mismo, el camino de su eterna vocación, hubiera entre nosotros un movimiento argentino, apto para discernir de inmediato la verdadera causa de España resurrecta, y para contribuir con su pensamiento y su acción a esclarecer al respecto la conciencia de nuestro pueblo, quien, desde entonces, ya firmemente, decidiera vivir su propia empresa internacional, para promover y consolidar su emancipación política y económica, empresa que hoy lo hace objeto de la atención y el respeto del mundo.

El descubrimiento de lo nuestro, de sus históricas raigambres y de sus perentorias exigencias, *precedió*, pues, y no *sucedió* al acontecimiento mundial de la resurrección española.

Reconocimos a España en su tragedia y en su holocausto, porque antes la habíamos reconocido con la lucidez del amor y de la fe, en la entraña misma de la hispanidad esencial de nuestra patria y de América, que es decir en los regazos más hondos de nuestro ser.

Más adelante agregó:

España, destino cristiano, cuando se pierde, se encuentra; cuando se niega, se afirma; cuando pierde su alma, en Dios por la confianza y el abandono, la res-



DISTANCIA DE

Tambores de nubes, de nubes de hierro,
Clarines, clarines de hierro y de oro,
Gritaron tu nombre de hogar y destierro
Desde las estrellas del tiempo sonoro.

Tu nombre que es vida,
Tu nombre que es muerte;
Tu nombre que es cielo en la vela tendida
Y es tierra en la firme bandera del fuerte.

Tu nombre que canta,
Tu nombre que llora;
Que canta y que llora por dar su garganta
A la inescrutable crueldad de la aurora.

Tu nombre que es filo,
Que es filo y fragancia
De tajo y otero, de sueño y estilo;
Presencia y distancia.

Presencia de sangre que firma en el pulso
Su firma invisible,
Presencia de patria que rige el impulso
Hacia lo imposible.

Distancia que duele como una derrota,
Dolor de la sangre feliz y ferviente,
Que al grito del alma rebota,
Rebota gritando: ¡Presente!

Presente en el cielo vivido,
Presente en la tierra soñada:
En el desenlace del sueño cumplido
Y en la solución de la vida esperada.

Presente en la fina
Presencia
Que vence a la muerte y afina
La herencia.

Presencia en nosotros, que acaso parezca insalvable
Distancia
Por una explicable
Razón de elegancia.

cata. Pero, también cuando se busca, se pierde; cuando se afirma, a sí misma se niega y enajena.

Es la triste figura de un caballero loco, la imagen de la grandeza solamente humana, que nos debía dejar el colmo de la sabiduría española.

Mas, he aquí que al profético soplo, según la palabra del Señor, se halló que los blancos y áridos huesos podían volver, de su ruina y desastre, a la unidad, al orden y a la vida. Y les crecieron nervios, carne y piel, y de los cuatro vientos vino el Espíritu invocado en el tremendo vaticinio sobre los muertos para que revivieran; y de las Españas, invertebradas a una y otra margen del ancho mar, los mejores anuncian, todavía, empresas del futuro.

La Hispanidad acaso nos espera. Sólo falta la conjunción de los afanes fraternos bajo el soplo del Espíritu.



Y PRESENCIA ESPAÑA

Distancia
Que entonces
Se dilucidaba con intemperancia
De aceros y bronces.

Distancia que ahora,
Vencido el estruendo de la artillería,
Vence con el ala redescubridora
El arco salado de la Geografía.

Distancia que clama
Por lo que quisimos y lo que ganamos, por lo que per-
[dimos y lo que seremos,
Por lo que reclaman el viento y la llama
De lindes extremos;

Por todo
Lo que representa
Moverse en el mundo románico y godo
Del alma sedienta;

Por toda una historia
Que rige legítimamente
La gloria
Pasada y presente:

La gloria, que tiene por lindes la llama y el viento,
La gloria, que es luz que desposa
En su movimiento,
Sobre alas de viento la flecha y la rosa.

Presencia y distancia
Que es sueño y estilo,
Que es filo y fragancia
Y estilo de vida consciente de que la existencia consiste
[en un poco de vida pendiente de un hilo.

Presencia
Del cielo de España, que puso una Cruz en mi cielo
Para que la ausencia
Tuviera su poco de España y de anhelo.

Ignacio B. Anzoátegui

Junio 6 de 1946.

MENSAJE PARA ESPAÑOLES

¡Alto ahí, españoles, aguijad! Ahora el mundo, éste que atardece, rueda despilfarrando haberes. Pronto se va a andar a la caza de valores que comporten una representación apta para hacer la cuenta de los siglos. Ese sea vuestro día y que en tal hora cobre movimiento vuestra iniciativa y que el hablar de España se derrame y se escuche por las flamantes verduras de las eras. El mundo necesita que se colme su vacío de personalidad, que a su esplín se le arrimen vuestra sólida parsimonia, vuestra sosegada experiencia tanto como vuestro entusiasmo por los extremos y por los desniveles. Os incumbe lo que parece paradoja: rescatar la historicidad para la historia y devolver a la historia su legendaria estirpe.

Ciertamente, la lucha del espíritu puede ser activada porque se aparea ya con la defensa de toda cultura, de toda forma y porque los valores de profundidad deben concertarse para sobrevivir con aquellos valores de espacio, de últimas dimensiones de destino, ínsitos a la pura historicidad. Todo el vigor de España se requiere en el presente para contrarrestar la energía feroz de la materia desolada, la del odio a la forma que despide y de que se penetra la anónima civilización.

Dios ha dispuesto que vuestra pertinacia redunde en mocedad. Pero es útil que se pulse, que se tome a peso —por españoles— la antigüedad de España, como lo hizo la generación del 98 bien que ahora sin angustia y con mucha reverencia —(Reverencia por vuestro sino, reverenciáos, sí, pueblo raro que nunca se dirá qué sois—). Para que vaya a vosotros junto al sentimiento alegre de la vida y claro de la muerte, la inteligencia concina, estricta, exacta de la hora. Ya es preciso que vuestra cultura acampe en los términos donde moran las épocas. Porque se puede ser vivo y no ser del tiempo, no ser de la generación, no pertenecer a época alguna.

A España se la provoca a afirmar el sentido de comunidad, a la lucha en sostén de la política como forma de la persona colectiva, como resguardo contra el malón de los hechos cristalizados, de nadie, que vagan por las espulgaderas de lo social agrediendo la libre determinación.

La política, en efecto, es con referencia a lo social zona de libertad; el tiempo político es aquel en que los hechos por sobrevenir, aún no se han precipitado fatalmente, pueden producirse todavía de un modo u otro —el libre albedrío histórico con que se encandila luego la historia de lo que pudo ser— en tanto tiene arte y parte la operación política. Por el contrario, lo social se monta sobre hechos irreductibles, irreversibles, cristalizados; son los hechos tras los que ya no opera y se exila la política. Nada puede la política contra los hechos presentados como partos de la naturaleza o advenidos como edades del hombre.

Ahora que, la orografía política con la consiguiente pérdida de libertad, está siendo invadida por el macizo social: el tiempo político por el espacio social. El Estado ha subido en la misma proporción en que ha bajado la graduación política. Esto es, en la tabla de valores que afora lo público, se deprime actualmente la formalidad política, la forma o formas del Estado. Se trata de un materialismo, mejor, un ateísmo de Estado: se cree en el Estado pero no se cree en su alma, la política.

Desprovisto de forma política, el Estado cuyo cuerpo se dilata viene a ser asumido por esa expresión social de contorno impreciso que sólo desplaza volumen, inercia, masa. Lo que cuadra, por tanto, es asumir la posición política recuperando la libertad humanísima de iniciativa sobre los hechos. Después de todo lo ocurrido, una fecunda síntesis de lo social y lo político es difícil: mientras el Estado como hecho social que se consuma o consume tira hacia el sentido de la izquierda, la política manifestación de inteligencia y voluntad, retoña a la derecha, se ahinca en cierta extrema derecha que se llama cultura.

Porque para salvar al Estado de su inclinación gregaria, para diferenciarse de toda actividad material de funciones, para distinguirse de la mera presencia física del Estado, la política reclama el auspicio culto. En la misma medida aquella en que el Estado —lo social— dilatando su contorno se expande en funciones al punto que ya no se adecúa al contorno propiamente político, al extremo de que ya Estado y política no son faces de una misma realidad, ni se guardan simetría, en la misma medida, decimos, la política ciñe su campo, repasa su itinerario, delimita sus desplazamientos, volviéndose, más y más intelectual, más y más formal; más y más contigua, pues, a la cultura.

Al cabo toda política no tiene otra alternativa de renacimiento que la de su depuración en la cultura, que la de convidarse a un baño de luz en la cultura.

De suerte que hoy la formalidad política está ligada de tal modo a las formas de cultura que mal se concibe pueda sobrevivir sin ellas, que de desvastarse la política, se arrasa con la cultura.

Por otra parte, acaso una cultura próspera no pueda afianzarse sino es por el ministerio de un Estado sujeto a formalidad política. Y recíprocamente, si se invierte el circuito, sólo mediando la cultura puede el Estado poseer formas y por decantación fijar en clase dirigente el buen gobierno.

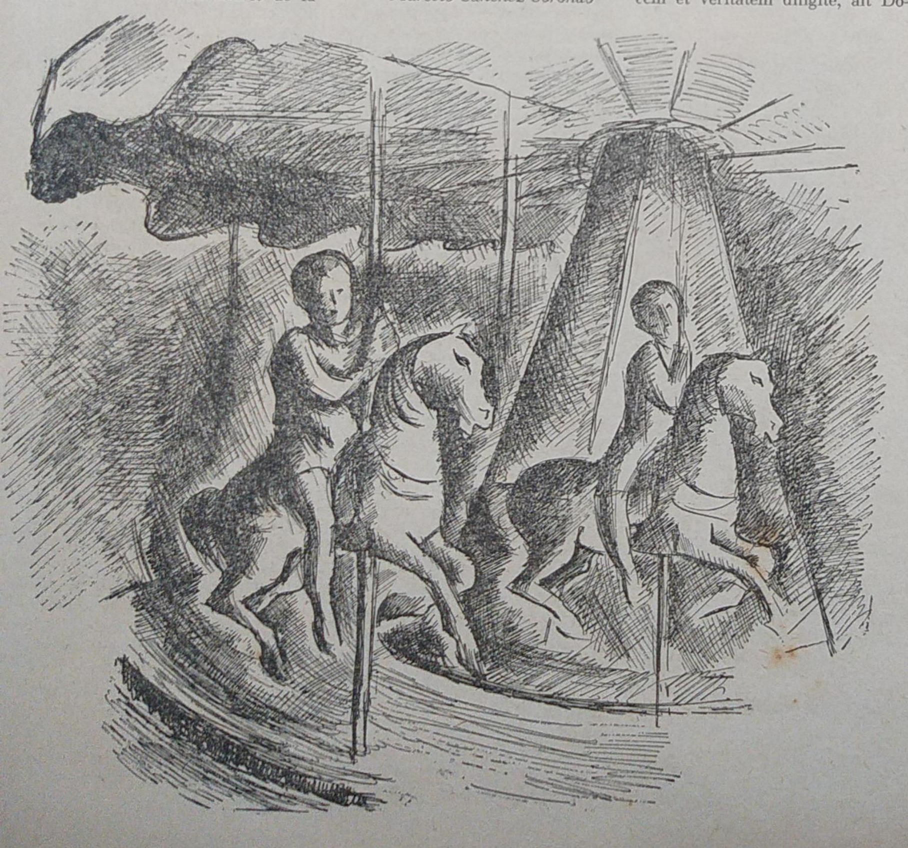
Afirmaos, pues, vosotros, en esta doble asunción de política y cultura. Debéis resistir contra toda amorfa, extraña o furtiva ingerencia, resistir y resistir como hasta ahora, situados en una política, en una inteligencia aprehensiva de lo nacional, de vuestros valores de estilo, de arraigo, de cultura, de genio. Antes que todos aquellos hechos de civilización, hechos informes, vaya vuestro hecho de cultura, vuestro hecho formado, ¡oh Españoles! Puesto que España es la última Thule de la personalidad, por eso, por íntima concatenación de esencias, es también última Thule de una promoción política.

Nuestra América ha estado aguardando este divino encuentro de la política de destino con los valores tradicionales de cultura. Este es el ritmo del eminente Imperio. Esta vez no habrá peligro de que se dispersen poderíos y riquezas. Llega la hora en que la política bien provista luchará contra la fuerza, contra los hechos civilizados y brutos, por la libertad católica, universal. La hora antípoda de aquella en que para bregar contra los vendehumos de la historia arrojásteis al tonel todo vuestro equipo de poderes materiales. Ha muerto en la guerra Aquiles y ya le cumple regresar a Ulises. A la cólera del héroe, sigue la insobornable astucia del discreto.

Pero para que esto se haya de emprender, para que la nación española haya de cumplir su odisea, para que pueda recoger el guante que la arroja el presente, volved la vista a vuestra tierra prometida. Si queréis, españoles, recobrar la noción de América reconocedla abiertamente en la Argentina y no por el vientre enorme de cereales, granero del mundo, sino en su múltiple dimensión de modernidad.

Seamos España y América el amante y el amado de las místicas cantigas. Puesto que América existe por vosotros para la historia, por ello, vosotros, sin América, careceréis de historicidad. Porque ya no sois bien toda España. Sólo, nuestra América, esta argentina América puede otorgaros la dimensión especial —el pórtico al futuro— que recaba vuestra profundidad. Y nosotros, sólo así, podríamos dirigir nuestro futuro a clásicos estadios, de manera que no se prodigue en el vacío, no sea meramente futuro, solamente espacio, únicamente civilización.

Marcelo Sánchez Sorondo



CENTENARIO DE LEIBNIZ

1846 - 1946

I

TEOREMA ACERCA DE LEIBNIZ

El centenario que ocurre ahora, rememora una circunstancia secular de muy parecidos contornos a la nuestra, que obliga a pensar en el sentido que reviste la conmemoración de Leibniz y las razones para hacer un homenaje que tienen quienes ven en ésta de hoy, su hora.

Nosotros, por un lado podemos reconocer en Leibniz un hombre nuestro; pero a éste no se le rinde hoy tributo; por otro lado, no nos pertenece. Y este hombre que no nos podemos adjudicar, recibe la más honorífica recordación de este centenario.

Este teorema necesita su desarrollo para que se haga luz y justicia: luz en esta humareda del incienso que se quema en honor de Leibniz: justicia a su rectitud y a sus errores.

Por desgracia, una falsa estimación de la Teología pudo, en pasados siglos, pretender usar como arma apologética para la moral y posición católica, los conceptos y las proposiciones de Leibniz. Eso no puede ser; eso no es verdad. "Pacem et veritatem diligite, ait Dominus Omnipotens": Amad la paz y la justicia, dice el Señor Omnipotente. Nosotros podemos y debemos repetir ese lema que sirvió a Leibniz y sus colaboradores como una regla metódica para iniciar la reunión que debía terminar con la sutura del desgarramiento protestante de Alemania y de Europa.

Hay que amar la paz; pero no a costa de la verdad. "No es lícito para obtener (la reunión de las Iglesias), que se niege verdad alguna o se descuide su indagación. Amad la paz y la verdad, dice el Señor Omnipotente". (Regula circa Christianorum omnium Ecclesiaticam reunionem. Regula II. Redacción probable del clérigo Melanus de Lokkum, teólogo de la Confesión de Augsburgo y uno de los principales que intervinieron en las conferencias y escritos con Bossuet y Leibniz).

Nada ganamos con adjudicarnos un Leibniz que no nos pertenece; ni con esgrimir sus razones que no son las nuestras.

LA ALEMANIA DEL SIGLO XVII

Leibniz nace en el Electorado de Sajonia-Leipzig, estado jefe de los evangélicos, es decir, los reformados o protestantes luteranos. En el mismo estado, en 1517, se había presentado Luther-Weintemberg, iniciando su secesión de la Iglesia que arrastró la de Alemania y la de Europa, destruyendo la Cristiandad imperial.

Esta circunstancia explica el protestantismo de Leibniz pero también hace resaltar su buena voluntad y recta intención, dejando en descubierto el condicionamiento y telúrico y sociológico de suc errores y actitudes.

El clima de su siglo, tan análogo al nuestro, con una distancia de tres centurias, se puede esbozar con tres trazos.

El primero: La paz de Augsburgo debilitó la unidad del Imperio, el poder del emperador y robusteció el poder de los príncipes alemanes. Clima de división, clima favorable al avance de la reforma protestante que pronto ganó todo el norte de Alemania. El oeste entraría luego en la órbita Calvinista de Francia y el sud iba a ser presa de la avalancha reformista. Es decir; la disolución de los estados católicos, empezando por la reforma introducida en la enseñanza. Melanchton fué consagrado el gran pedagogo y maestro de la juventud protestante.

El segundo: Con la elección de Fernando de Baviera —1619— para el "cargo" de de Emperador; la

derrota de Cristián de Anhalt, príncipe del palatinado aliado de Bohemia, en la batalla de Monte Blanco, 1620; la paz de Lübek —1629— en que terminó la campaña de Wallenstein, tendiente a robustecer al Emperador y rehacer la Alemania católica; con estas tres cosas puede señalarse la iniciación, en el campo social político, de la contrareforma.

La lucha del príncipe palatino y su aliado bohemio, contaba con el ataque de los turcos por la espalda —en Transilvania— y con la acción de Dinamarca. Felizmente no se realizó ninguna de las dos cosas. Siempre la traición trabaja contra los católicos.

Fernando no supo comprender los planes de su general Wallenstein. España estaba dispuesta a realizar la recuperación de la Cristiandad ayudando estos planes. En Westfalia había reintroducido los principios católicos, y con Colonia Católica, hasta la administración protestante desapareció.

España consolidaba su situación en el Rin y apareciendo en el Báltico, podía darse terminada la supremacía de la Reforma. Fernando no comprendió que sus triunfos, la eliminación de Inglaterra, Dinamarca y Países Bajos, era la oportunidad para salvar la unidad continental de la cristiandad.

El tercero: Pero lo entendió en cambio Richelieu. La aparición de la política hispanocatólica en el Báltico; la unión de las dos ramas de los Habsburgo, significaban el encierro político de Francia. El único apoyo que le quedaba era el reino protestante de Suecia. El cardenal ministro hizo callar sus escrúpulos de católico y pactó con el hereje. Del año 1626 data el famoso memorial en que Richelieu expone al rey la necesidad de intervenir en las luchas alemanas.

Lo demás es ya la historia de hoy. En 1631 Francia concierta la alianza con Gustavo Adolfo en Baerwalde. Ese mismo año —17 de setiembre— la victoria de Gustavo Adolfo contra los imperiales en Leipzig, imprimió el giro decisivo a los acontecimientos. El rey sueco murió al año siguiente en la batalla de Lützen. Wallenstein fué llamado de nuevo para actuar. Pero ya era tarde.

Se había salvado la política francesa, pero se había perdido el imperio y la unidad católica de la cristiandad europea. Otra vez la traición; pero esta vez salida de las propias filas.

En este estado de Sajonia, en este siglo, en este rumbo tomado por la historia, nace Leibniz el 3 de julio de 1646, cuatro años antes de morir Descartes, padre del racionalismo moderno, como Leibniz lo será del idealismo de la tierra y del mundo.

El giro de los acontecimientos va a ser muy otro que el pensado por Wallenstein en lo militar político y por San Ignacio en lo religioso o Bossuet.

El protestantismo va a formar clima para que la concepción renacentista, antimetafísica, antiteológica, antitradicional y antieclesiástica, desemboque en el concepto naturalista del siglo XVII y encuentre en Leibniz el *uomo universale moderno* que sustituya al *Homo catholicus*, que también quiere decir universal pero con otro sentido.

El del siglo XVII es un universalismo "pacifista" a costa de la verdad; el Católico es un universalismo de la verdad, a veces pasando por algunas guerras para llegar.

Más adelante tendremos ocasión de exponer estas concepciones en las actitudes y doctrinas de Leibniz mismo.

El del siglo XVII, es un mundo que se rebela contra la cristiandad; y empieza por desligarse de la tradición, de la teología, de la metafísica, de la Iglesia y de la verdad. Rompe toda vinculación vital con el orden católico, y a cambio de una *humanización* de la vida, echa por la borda la vida misma que hizo a Europa.

El mismo Richelieu se equivocó por su falta de sentido católico. Una Alemania bajo Gustavo Adolfo no podía ser sino una ganancia para el protestantismo; hubiera terminado por ser una unidad suecogermana que hubiera aplastado a Francia.

Una Alemania protestante fué el punto de partida de una rivalidad y temor de sojuzgamiento para Francia. Germania no hubiera sido la "tradicional" enemiga (?) de Francia, si Richelieu no hubiera empujado al Reich hacia la catástrofe protestante, por su alianza de 1631 con Gustavo Adolfo. El dinero de Francia entregado a Gustavo Adolfo fué el costo de la fe católica de la Alemania Imperial.

La historia repite sus burlas: los pueblos purgan sus errores pero sólo con sangre los redimen. Tal es el horizonte histórico para mirar la figura, alemanísima, universalísima, barroquísima y modernísima de Leibniz.

II

Leibnibz organizador, defensor y creador del pensamiento científico.

Bastaría para comprobarlo la enumeración de sus obras. Por el carácter inorgánico, frondoso y viviente, se justifica la adjetivación con que hemos acompañado el nombre de Leibniz.

Leibniz Godofredo Guillermo hizo su primera formación en la Nikolaischule, en Leipzig; su estudio de las ciencias filosóficas y jurisprudencia, en Leipzig y Jena. Los maestros que más gravitaron sobre su personalidad son su profesor de elocuencia Jakob Thomasius, el teólogo Joham Adam Scherzer y el matemático Erhard Weigel.

A los 17 años obtiene su bachillerato en Filosofía y produce su primera obra académica para optar a su título: DE PRINCIPIO INDIVIDUI.

A los 18 años obtiene el grado de *Magister Philosophiae*: y en calidad de tal sostiene su primera *Disputatio* acerca de su SPECIMEN QUAESTIONUM PHILOSOPHICARUM EX JURE COLLECTARUM.

Desde entonces comienza su actividad académica, filosófica, política, histórica y teológica, que no tiene paralelo en la historia de la cultura moderna. Es una verdadera marcha de saber y creación.

El año 1901, a raíz del primer Congreso de la Asociación Internacional de Academias celebrado en París, la *Academie de sciences morales et politiques*, decidió en colaboración con la de Prusia, una edición crítica de todas las obras de Leibniz. La guerra del 14 interrumpió esta tarea y acabó con la asociación.

La Academia de Prusia, al decidir su continuación, ha repartido en siete grupos las obras:

1º Intercambio epistolar genérico, político e histórico;

2º Item de carácter filosófico;

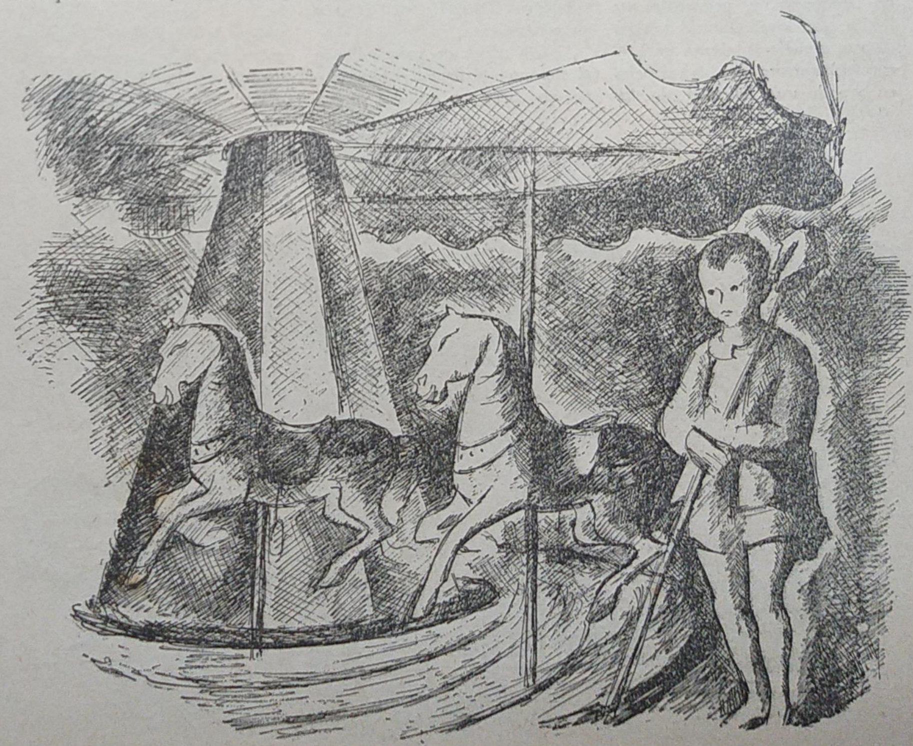
3º Item matemático, ciencias naturales y técnico;

4.º Escritos políticos;

5º Escritos históricos;

6º Escritos filosóficos;

7º Escritos matemáticos, de ciencias naturales y técnicos.



De esta fabulosa creación literaria, emerge todavía su asombrosa actividad personal, política, diplomática y organizativa.

Una idea central de su vida fué la creación de una cultura en la cual se aprovechasen los progresos de las ciencias y de la técnica para felicidad de los hombres, dentro de una cristiandad purificada.

Este ideal de su vida es todo en Leibniz. Para él su genio, su tarea, su correspondencia, su enorme plasticidad, intelectual, moral y espiritual, son etapas, esfuerzos, realizaciones de una meta por la que vivió y murió. Sus días acabaron en los 70 años; el 14 de noviembre de 1716 en Hannover.

Antes de acotar esta idea que fué ideal de su vida, es menester recordar su actividad en realizarla.

Con el Renacimiento, la vida institucional de las Academias había comenzado, en su doble carácter de grupo libre e individual y cooperación científica, a suplantar a la antigua Universidad. Esas reuniones de los más "avanzados" en la investigación, no fueron extrañas en la vida de Leibniz. De joven actuó como secretario de una sociedad de Alquimistas en Nuremberg, cuyos miembros, lo fueron más tarde de la Academia de Berlín.

Para Leibniz la ciencia tenía un valor: era el *instrumento nuevo* con que crear la nueva vida universal de Europa, después de deshecha la unidad de la cristiandad universal. Maguncia, París, Hannover y principalmente Berlín, son otros tantos testigos de sus grandiosos planes para el aprovechamiento de las ciencias en pro de una felicidad de los pueblos dentro de una cristiandad purificada.

El cálculo diferncial creado por él simultáneamente con la obra de Newton *Principia Mathematica Philosophiae naturalis*; su lenguaje simbólico filosófico, la aplicación de las ciencias a la industria, son medios para hacer una universal extensión de la nueva vida.

Toda la naturaleza parecía poderse gobernar con las leyes que los matemáticos expresaban con tanta sencillez como garantía. La naturaleza era una inmensa tarea dirigida por Dios con leyes. El hombre había descubierto esas leyes. El mismo ponía la mano en el gobierno del mundo.

Están allí tres ideas fundamentales a la luz de las cuales hay que interpretar a todo Leibniz, porque eran vigencias de su siglo a las cuales no podía substraerse.

La primera: Dios se revela en la naturaleza. La tradición, el magisterio de la Iglesia, deben ceder el campo a la ciencia que investiga la naturaleza y sus leyes; allí está la revelación de Dios y su conocimiento. Esta idea hace su ciclo definitivamente en el romanticismo del siglo XVIII. A Leibniz no se le escapa la verdad sobrenatural revelada y no pretende explícitamente sustituir la revelación. Ese naturalismo confesado y público, sería según él, la "última herejía" en la Iglesia.

Pero lo que no dejaba de entrever era, sin embargo, favorecido por la posición de su siglo a cuya fundamentación él contribuyó con su pensamiento.

"Nada más apto para refirmar el ateísmo o al menos el *naturalismo* que hace tan grandes progresos... que si se prueba que los misterios de la fe, han sido creídos en todo tiempo por los cristianos [¿eliminando la idea de progreso?] y se prueba por otra parte, con argumentos apoyados en la razón, que los misterios son absurdos. La Iglesia encierra hoy día en su seno muchos enemigos, más temibles que los mismos herejes. Es de temer verdaderamente que la última hrejía sea el ateísmo o al menos el naturalismo". (Carta a M. Arnaud).

A fuerza de suprimir el magisterio infalible de la Iglesia, la Escritura —única fuente de revelación para el protestante— se convierte en un documento cuyo contenido se acepta o se rechaza, con y por la sola razón natural. La profecía de Leibniz es notable y declara su desviación a pesar de la "buena voluntad".

La segunda: La humanidad escribe su historia dialécticamente; es decir, la idea del desarrollo se transforma en la idea del progreso. Es vital para el hombre lo que es capaz de progresar. El progreso es obra humana que se apoya en el esfuerzo por las ciencias, para conocer y gobernar la vida siempre hacia perfecciones más altas. La idea de progreso es la antitesis del retorno cíclico o de la inamovilidad estática.

La tercera: El instrumento que debe crear esa nueva vida, ha de ser un instrumento universal capaz de cundir por todos los pueblos sin diferencias; de abarcar todas las diferencias sin excepción; y crear la felicidad de la paz sin luchas, por haber superado aquello que más divide a los hombres: la política, la moral y la religión.



La *ciencia nueva* creará la *cultura*. Esta hará el imperio universal de la humanidad dando origen al derecho natural (v. Groot), la moral natural (influjo de la Stoa romana), la religión natural (Teodicea de Leibniz) aboliendo toda clase de fronteras).

Los actuales *turiferarios* de Leibniz, no alcanzan a ver lo que es *inquietud* en él y a distinguirlo de lo que es *actividad*.

Leibniz vivió, trabajó y creó para buscar a Dios perdido por la reforma y la unidad deshecha de la cristiandad. Lo buscó con la Teodicea, con el cálculo, con la Academia, con la cultura, con su diplomacia y su movimiento histórico.

Su fin era ese doble objetivo: Dios y la unidad de la Cristiandad, sin lo cual no hay paz, perfección ni felicidad. En carta a Thomas Buret le dice: "He leído los discursos de Ch. Bentley. Veo en él una rara combinación de dos grandes ventajas: la erudición y la solidez... Y sobre todo apruebo el designio de Bentley de servirse de sus conocimientos naturales para hacer admirar la sabiduría y el poder del Creador: es también mi fin principal".

Pero sus modernos adoradores que lo han desconocido, le alaban porque vivió para *crear el cálculo y las ciencias*. Definitivamente han olvidado y desechado la grandeza de Leibniz y se han quedado detenidos en un medio sin aspirar al fin. Por eso hoy todo ha sido atomizado y entramos —sabe Dios cómo— en otra era en que se va a buscar lo mismo, pero no sabemos con qué arquitecto y con qué dirección se va a ejecutar.

Tiempos de definición para la Cristiandad son éstos, como lo fueron los de Leibniz. Ayer como hoy una traición abre otra vez las puertas de Europa a una fuerza que no es la tradicional que le dió origen. Belloc lo diría así: Europa es la fe. ¿Dará lugar esta traición que ya se cierne sobre la católica España a una resurrección de las fuerzas latentes que aún alientan en el mundo?

Si Leibniz viviera, ésta sería su inquietud. A este Leibniz homenajeamos nosotros; no al Leibniz de la Teodicea, que es un Leibniz de los medios y un Leibniz equivocado.

Los de la orilla opuesta hacen lo opuesto: homenajean al Leibniz de la actividad y desechan porque desconocen o porque odian, al Leibniz de la inquietud. Nuestras conmemoraciones no pueden ser más diferentes.

Quería pues Leibniz organizar las ciencias y su progreso. En Maguncia maduró su primer proyecto para la Sociedad Alemana de las

ciencias, bajo la protección del Elector de Maguncia.

El siguiente plan consiste en una organización encargada de dirigir toda la cultura del pueblo alemán de acuerdo a las exigencias de los más elevados principios científicos.

Su viaje a París le vincula a los matemáticos y a los mejores planes para la encumbración de esta disciplina. Entretanto, a causa de las guerras de conquista de Luis XIV, emprende una apología y defensa de lo germánico juntamente con una acción decidida contra la política y tendencia francesas de entonces.

Pasa luego a Hannover con el cargo de bibliotecario e historiador oficial. Esta permanencia aquí lo decide ya a colocar la historia en el lugar y jerarquía que le compete en el nuevo mundo que nace.

El historicismo arranca evidentemente del concepto y la incorporación realizada por Leibniz en el cuadro del saber.

Madura aquí su gran plan de Academia para establecerla en Berlín, Dresde o Viena.

En 1700 redactó, hacia mediados de julio, los documentos esenciales para constituir la Academia en Berlín. La princesa Sofía Carlota hizo posible la tarea. Como otrora Descartes encontró su discípula en Cristina de Suecia, ahora Leibniz la encuentra en esta culta, generosa y fina princesa de Hannover. Fué ella, a través de su copiosa correspondencia con Leibniz, la que facilitó el traslado del filósofo a Berlín.

Lo demás ya es anécdota e historia que no puede ocuparnos más espacio.

Lo que importa es destacar que el genio científico, filosófico y diplomático de Leibniz se desborda sobre el entusiasmo creador y organizador de una actitud que va a gobernar y a dirigir el curso de la historia por más de un siglo.

En resumen: la ciencia lo atrae; la filosofía le absorbe; la vida política le apasiona; pero la *creación de una nueva concepción* es lo que le inquieta y le preocupa.

EL GESTOR DE LA REUNION DE LAS IGLESIAS.

¿Qué honda fuerza mueve a Leibniz para terciar en la célebre reunión de las Iglesias? El obispo de Neustadt, señalado por el Emperador Leopoldo como punto a donde confluyen los protestantes que desean tratar de la unión, encuentra en Leibniz el gestor, que a través y mediante Madame de Brinon, establece una viva comunicación entre el teólogo Molanus, de la Confesión de Augsburgo, y Bossuet, con la participación del mismo Leibniz.

(Continuará)

MIRILLA

Mr. Bevin está fastidiado. Rezuma rezongos su largo discurso del 12 ante sus feroces colaboristas, mientras se adivina, pegado a la radio y tras su cigarro, la cara juguetona del viejo Churchill, marca de fábrica del anciano Imperio.

A pesar de que cree, y lo dice, que la política inglesa *es acertada*, todo le sale mal. Así el asunto de los judíos —cuya radicación en Palestina, Inglaterra debe promover por mandato— tropieza con el antisemitismo de los árabes que no desean recibir el generoso aporte de cien mil semitas ofrecidos vía Nueva York. Sugiere "con la más generosa intención" que tal vez eso se deba a que los yankis no quieren que haya "demasiados judíos en Nueva York"; fina ironía (porque ¿es posible que quepan más?) que espera "no sea mal interpretada en los Estados Unidos". (¿Cómo se le ocurre?). Bien es verdad que Mr. Bevin confiesa, con un atraso de diecinueve centurias, que conoció "por primera vez este problema judío en 1929".

Lo de España es desde esa *política acertada*, más confuso: es un lío. El pueblo español con quien el propio Bevin ha estado "en el contacto más estrecho", *el pueblo*, entiéndase bien, está ansioso en deshacerse de Franco pero teme la guerra civil. De tal modo que si Inglaterra apoyara las sanciones contra España desencadenaría la guerra civil y si "intervenimos en forma directa (¿cómo haciendo?) nos habríamos granjeado el resentimiento del pueblo español, no su agradecimiento". Temible dilema que lo soslaya con el anuncio de que "está dispuesto a celebrar consultas con Francia y Estados Unidos". A través de este planteo vemos, o que el pueblo español se tiene miedo a sí mismo o que Inglaterra, entre Stalin y Franco en España, opta por conservar el peñón de Gibraltar. ¡Oh felix geographia!

Pero si le es fácil jugar con las dilaciones en el caso de España, no sale con tanta elegancia cuando piruetea con el oso ruso. Es un animal muy grande, a estar a las confidencias de los domadores. Le gusta juguetear pero cuidado con el abrazo. Vean, si no, lo que le pasó al desolado Bevin (y pongamos las barbas en remojo). "Nadie, dice, ha hecho más por defender a la revolución rusa que yo. Cuando los rusos no contaban con un solo amigo yo reuní a un grupo de estibadores (sic) y otras personas (seguramente no estibadoras) y organicé un Comité de Acción. Yo me opuse al allanamiento de Arcos (en todas partes se cuecen yuyamtorgs). Yo combatí la política intervencionista de Churchill (sonrisas tras un receptor, tres aros de humo y un chasquido de whisky). Yo luché contra todos los intentos, etc.". Y pasando por alto otros, lleguemos al peor de los *yo*. "Yo establecí un organismo anglo-ruso-norteamericano". ¿Y cómo creen que se portó el oso? Pues, "como agradecimiento, lo único que me dieron los comunistas fué la promesa de deshacer ese sindicato". Pero su venganza fué terrible. No apeló a la ira, no se echó en brazos de Churchill. Con una serenidad *pickwickiana*, pero, oigámoslo, "le dije al señor Maisky: Vd. construyó la Unión Soviética y tiene el derecho de defenderla; yo (¡ese *yo*!) organicé el Sindicato y lucharé porque no se extinga". Eso es hablar fuerte, eso es proporción.

El famoso estadista continúa la lista de cargos. En Londres se publican los discursos de Stalin y de Molotov y en Moscú no tienen igual suerte los suyos. (A que le publican éste?). Ante su pedido de establecer un servicio recíproco aéreo Londres-Moscú, se le dijo "que eso jamás podría ser y que sólo en ocasiones muy especiales se nos permitiría volar sobre territorio ruso", (pero ¡qué franqueza, qué garbo, qué estilo!) y el sucesor, en el cargo, de Tomás Moro, confiesa: "Si no puedo obtener reciprocidad ¿qué podré hacer? Es imposible declararles la guerra y obligarlos a que accedan a nuestros deseos". (Le pasa lo mismo que con España: no pueden "intervenir en forma directa") y prosigue, implacable: "¿Se han dado ustedes cuenta de cuán grande es el obstáculo, cuán delicada la situación? Quizá esa sea la política de ellos, pero, etc.".

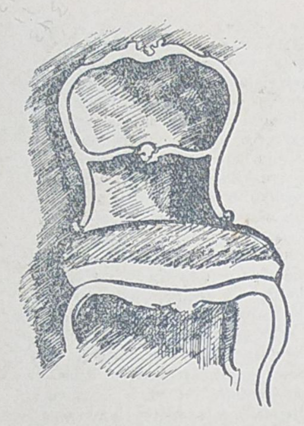
No lo dude Mr. Bevin: esa es *la política*.

La última parte de su discurso, suena con otro acento: es más firme y patético, tiene rugido y advertencia. Sale de la Isla y habla de Europa. Por lo tanto nos atañe, pobre, enloquecido mundo nuestro, desgarrada, desgarradora Cristiandad. Dice: *"Esta división de Europa y este peligroso intento de trazar una línea divisoria de Sttetin a Albania, para consolidar posiciones detrás de ella, de llegar a establecerse definitivamente —lo que Dios no permita—, establecería dos campos opuestos en Europa por la fuerza de los acontecimientos y allanaría así el camino para una nueva guerra"*.

Contra la fuerza de los acontecimientos hay un solo Nombre que salva. Y no tema, Mr. Bevin, después de *todo*, Vd. lo ha pronunciado.

Clemente Espejo





LIBROS

"LOS ORIGENES DE EUROPA".

Christopher Dawson. Traducción castellana de Francisco Elías de Tejada. Editorial Pegaso. Madrid, 1945.

Conocíamos ya al notable historiador inglés Christopher Dawson a través de sus obras "Progreso y religión" —excelente— y "El juicio de las naciones" —inferior a aquélla. Ahora nos llega un nuevo trabajo suyo, importante por cierto: "Los orígenes de Europa".

La obra ha merecido grandes elogios de la crítica europea, como puede colegirse por los juicios reproducidos en la contratapa. Dice el crítico de "The Times": "Obra sorprendente y original. Rechazando las opiniones de quienes consideran que la cultura europea es esencialmente nacionalista de los que derivan del Renacimiento la tradición común europea y la de aquéllos medievales que hacen de los estudios medievales un protexto para la apologética cristiana, Mr. Dawson considera el período oscuro de la Edad Media como la época en que los elementos básicos de la cultura de Europa se fundieron laboriosamente en una síntesis".

Juicio acertado, en verdad, el de este crítico. Dawson, sólidamente documentado y con clara visión, muestra cómo surgió Europa, en la "Edad Oscura", de la síntesis de la tradición clásica greco-romana con el cristianismo, la nueva —y vieja— cultura de Bizancio, el aporte de los bárbaros y la influencia del islamismo.

La primera parte del libro se intitula "Los cimientos", y en sus cinco capítulos el autor estudia al Imperio Romano, la Iglesia Católica, las relaciones entre la tradición clásica y el cristianismo, los bárbaros y sus invasiones y la caída del Imperio de Occidente.

La segunda parte lleva por nombre "Los modelos orientales" y se refiere principalmente, en otros cinco capítulos, al papel de Bizancio y del islamismo.

La tercera y última parte se divide en cuatro capítulos, y lleva el título general de "La formación de la cristiandad occidental". Estudia allí el autor la conversión de los bárbaros por la iglesia occidental, la restauración del Imperio de Occidente y el renacimiento carolingio, la época de los "wikings" y la conversión del Norte de Europa, y los primeros pasos de la naciente unidad europea. Termina el libro por una "conclusión", síntesis reflexiva de lo expuesto y de sus consecuencias.

En suma, se trata de una obra realizada por uno de los pocos historiadores que conservan un auténtico espíritu europeo tradicional. Rechazando los procedimientos forzados de apologética, a menudo contraproducentes, la obra resulta, sin embargo, por la propia virtud de los hechos claramente comprendidos y valorados, una reivindicación del papel de la Iglesia en la formación de la cultura europea.

La traducción muestra en parte ciertos defectos muy comunes en las traslaciones del inglés al castellano. ¿Por qué traducir "barbarism" por "barbarismo" y no por "barbarie" o "los bárbaros", y porqué convertir "fountain" en "fontana y no, sencillamente en "fuente"?

Juan A. Casaubon

MUSICA

SOBRE LA TEMPORADA DEL "COLON"

A pesar de que los espectáculos ofrecidos hasta ahora en el Teatro Colón no nos han entusiasmado (salvo la representación de "Tosca") somos optimistas en relación a lo que nos queda por oír.

Leonard Warren, Gianna Pederzini, Rose Bampton, son figuras conocidas y aplaudidas por nuestro público, como asimismo nuestros compatriotas Delia Rigal y Carlos Guichandut; quienes constituyen figuras de verdadero relieve.

Tampoco Erich Kleiber, necesita presentación. El maestro alemán dirigirá seguramente algunas óperas de Wagner y de Mozart; y a fin de temporada es probable que dirija algunos conciertos sinfónicos que despertarán el interés de otras veces.

En cuanto a Alberto Wolff, ha dirigido hasta ahora un "Boris Godounoff", cuya parte vocal resultó apenas mediocre; y luego "Marouf", la ópera de Rabaud.

M. Wolff, considera que el director de orquesta debe ser un apóstol. Y él en parte lo ha sido, ya que los músicos franceses de su predilección han encontrado en él una asiduidad notable y una lucida expresión.

Sin embargo, nos parece que M. Wolff traslada a la música una cuestión de nacionalidades que no tiene sentido, y olvida que el arte excelso de Bach, Mozart, Beethoven, no se empequeñece por haber nacido al otro lado del Rhin.

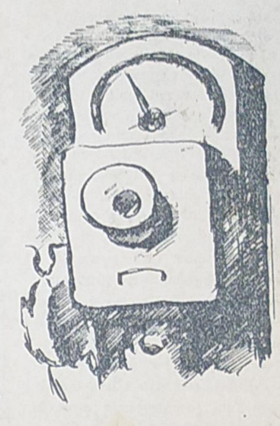
Perdónesenos el párrafo dedicado a M. Wolff, pero la verdad es que su apostolado nos intranquiliza un poco.

Aparte de la ópera se anuncia la llegada para los primeros días de julio, de Alejandro Brailowsky, que dará una serie de conciertos cuyo tema principal, será seguramente la música de Chopin, con la cual está identificado el gran pianista.

Puede apreciarse que el nivel de la temporada, en cuanto a la calidad de los valores que participarán de ella, supera en mucho al de años anteriores, y señalarlo así, nos resulta especialmente grato.

J. A. M.

LA REPRESENTACION DE "TOSCA"



La popular *ópera* de Puccini no es gran cosa. En realidad todo lo de Puccini no es nada del otro mundo. Ese autor pertenece, casi diríamos, por propia decisión a la decadencia de la *ópera italiana* que, en rigor, nunca ha tenido, como casi todas las artes, una época clásica.

Puccini hubiera podido volverse el clásico de la *ópera*. Tenía entre sus manos un género ya madurado y a él solamente le quedaba por hacer el esfuerzo de vendimiarlo; además era talentoso, sus ideas musicales eran correctas, sus libretistas respetables y el fervor del público no le estaba negado. Todo estaba preparado —precursores, instrumentos, teatros, intérpretes y público— para en su género. Pero primero se impregnó de un espíritu contrario a eso y luego impregnó todo su temperamento de una modalidad de tipo romántico. El signo que más me impresiona en Puccini es su dejadez. A su música le falta trabajo, sostenimiento en la profundidad, aprecio por la belleza de sus frases logradas que irremediablemente se esfuman en pasajes nublados y tras de asomarse la genialidad va a confundirse en la inexpresión.

Es romántico a carta cabal: sin método, sin trabajo y sin juego de la inteligencia: todo fugaz como la inspiración a la que encomienda como santa milagrosa sus facultades, su talento y su obra toda. Confía y arriesga todo al azar de un momento feliz que suele ser pródigo para con él. A veces se enseñorea sobre los instrumentos, otras veces realiza el milagro poético en la voz humana que recibe el don musical de ser más expresiva; pero todo eso es un instante que desaparece al esfumarse una frase en la monotonía.

"Tosca" no es, con todo, la *ópera* más descuidada y en ella puede lucirse un buen tenor... ya razón suficiente para que de tiempo en tiempo nos acordemos de reponerla.

El tenor Tagliavini con dotes más que discretas ha obtenido el raro premio de aplausos sostenidos que nuestro público apático prodiga pocas veces por temporada.

La soprano Tassinari de escuela indudablemente antigua y exagerada ha hecho una "Tosca" soportable. Guichandut bueno en el canto y la escena. Su Scarpia tiene el color y el sabor de los que hace ya años de años salían a escena.

Calusio trató de aproximarse a la verdad musical de Puccini lo más posible, consiguió de este modo buenos efectos en la orquesta y realidad en la parte cantada que nunca cayó en segundo plano.

H. S. T.

BALCON

REVISTA SEMANAL

Dirección y Administración
Sarmiento 930 6o. piso B.

Suscripción anual $ 15.- Trimestral $ 5.-
Semestral $ 8.- Número suelto $ 0.30